

C
863
P



RQ 16629
E67
K5

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



100038

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Imp. LA EDITORA, San Bernardo, 19 y 21, Madrid.—Tel. 3.432

PARTE PRIMERA

EL DIVINO RAFAEL

I

Que está antes del segundo.

Había pasado la época de los colosos del toreo. *Lagartijo* y *Frascuero* desvanecieronse mucho tiempo hacía. *Mazzantini* y *Guerrita* eran un recuerdo lejano. Sus sucesores, *Fuentes* y *Algabeño*, aunque todavía toreaban, también habían sido. Aquella esperanza que se llamó *Lagartijo chico* la vimos frustrada por decreto de la suerte impia que lo arrebató á la vida en plena juventud. El trono de *Lagartijo* seguía vacante. El de *Guerrita* también.

Ahora sólo sonaban dos nombres en los carteles de las plazas y en el estruendo de la prensa: *Bombita*, *Machaquito*. No buscarais otra cosa en los corrillos donde se alborota y en la impresa letra que hace ruido: *Bombita*, *Machaquito*.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"FONSO REYES"

128 MONTERREY, GUERRA

El Gallo enfermo, caído y olvidado. Vicente Pastor desconocido. Nombrarlos en cualquier parte donde se hablase de toros, salvo en algún raro corrillo de buenos aficionados, era proferir una blasfemia. ¿Quién eran esos? No había más que *Bombita* y *Machaquito*.

Entonces una pluma modesta y sincera, la misma que traza estas líneas, se atrevió á salir en defensa de la justicia, á protestar contra la falsedad ambiente y á declarar que el toreo, á un tiempo clásico y romántico del *Gallo*, era superior al de *Bombita*; que entre uno y otro existía la misma diferencia que entre el oro de ley y el doblé, entre la obra genial de un artista y la labor mecánica de un artesano.

¡Virgen Santísima, cómo me pusieron, y lo que se rieron de mí los del otro bandol...

Ahora vamos á liquidar la cuenta de aquellas risas.

—*Bombita* podrá siempre con el *Gallo*—afirmaban á toda hora los partidarios de aquel.

“Á mí sólo me retirarán los toros—escribió *Bombita* en el verano de 1910—cuando me dejen inútil para torear y sin facultades para la lucha, ó el tiempo, cuando ya viej

me llene de alfafes y ataque á esta salud que hoy tengo y que es del único tesoro que soy avaro. Mientras una de estas cosas no ocurra, Bombita será torero, que al fin yo apenas si soy Ricardo Torres, y lo que soy es debido á Bombita.“

Á los tres años justos de hacer esta arrogante afirmación, con sus facultades cabales—y muchos años que le duren y con felicidad lo veamos todos—*Bombita* ha dicho adiós á los toros y se ha cortado la coleta.

¿Por qué?

Eso es lo que vamos á ver en este libro.

II

Toreo de calle.

Hallábase el toreo en los años inmediatos anteriores á 1910 en una situación excepcional. Como en los buenos tiempos, teníamos una pareja disputándose aparentemente los aplausos; pero, al revés que en los años buenos, no había competencia.

Indudablemente uno de los componentes de esta "collera" tenía una personalidad vigorosa y definida. La gente decía ahora *Machaquito* con el mismo acento admirativo que antes pronunciaba el nombre de *Fras-cuelo*. El "bravo cordobés", como le llama Don Benito en la dedicatoria de sus libros que constituyen toda la biblioteca del torero, era en el sentir general, el legítimo, el auténtico, el indiscutible sucesor del *Negro*;

el torero del pundonor, el de la vergüenza torera, el del valor verdad, del valor que se manifiesta á la hora definitiva y suprema, que por eso, y además de estos nombres, se llama por antonomasia *la hora de la verdad*.

El nombre de *Bombita* sonaba de otro modo. No tenía parecido con nadie. Carecía de abolengo artístico y tampoco se traía novedad alguna. Ni sonaba á *Lagar-tijo*, ni sonaba á *Guerrita*, con los cuales no había modo de compararle. No tenía la elegancia, la plasticidad y la apostura varonil de Fuentes, ni, siendo como era valiente con la muleta, podía compararse en valentía con el *Espartero* ó *Reverte*. Menos podía serlo con Antonio Montes que le aventajaba en todo y era más perfecto y completo que él.

Y no hablemos de matar. Nombrar al mismo tiempo que á *Bombita*, á Mazzantini, al *Espartero* ó *Reverte*, y aun á su mismo hermano Emilio, era proferir una blasfemia.

Bombita sonaba sólo á *Bombita*, y esto era ya un mérito y no pequeño; pero sonaba más que *Machaco*, y esto constituía una falsedad.

El toreo, ó, más propiamente, la afición á los toros, ha vivido siempre de la rivali-

dad de una pareja que ha dado á la fiesta el calor de una competencia, y cuando esta pelea no podía existir, como en tiempos de *Guerrita*, por la superioridad manifiesta de este torero, y por no sé cuáles incomprensibles razones — acaso por el “señoritismo” de Mazzantini—los partidarios de la estocada no levantaron bandera por el rey del volapié, los aficionados inventaron, también como ahora, competencias inverosímiles lanzando contra *Guerrita* al *Espartero* y á *Reverte*; competencias ocasionales que el antiguerrismo inventaba, ni más ni menos que ahora fantasea otra el antigallismo rabioso ó el bombismo derrotado y vencido, que vienen á ser una sola y misma cosa.

Pero los tiempos cambian y los de *Bombita* y *Machaquito* eran de progreso. Existía, sí, una pareja taurina, mas los días no eran de pelea, sino de viveza. En realidad la cuestión no era ya el aplauso únicamente. Había de por medio, junto con el afán de predominio, la consideración de unos honorarios como nunca los cobrara ningún torero, y la conveniencia de ganarlos con la mayor comodidad posible. El arte—perdón—dejaba de ser arte para convertirse en un productivo negocio.

Cierto que el sucesor de *Frascuero* era tan rabiosete y ansioso de palmas como Salvador; pero la majeza del "tío Carando", como los frascuelistas llamaban á *Lagartijo*, había sido sustituída por una diplomacia hábil, sutil y utilitaria. Ya no eran posibles á la hora de hacer el paseo las quemaduras de sangre con que *Frascuero* picaba el amor propio de su rival. Ya no llegaba el *Negro*, jacarandoso é insolente, á la puerta de caballos y escupía, á modo de saludo, á su competidor, mientras se ceñía el capote para salir al paseillo, aquel paseillo que valía cualquier dinero vérselo hacer á *Lagartijo*:

—Buenas tardes, vieja rica. Hoy te voy á poner verde.

Ni siquiera anunciaba nadie, como *Reverte* algunos sábados en la tertulia de aficionados y toreros de la sastrería de Retana:

—Mañana le voy á dar el "baño" á *Guerrita*.

Las cosas ocurrían ahora de otra manera. Lo pintoresco, la *poesía* de los toros, era borrada por la prosa de la comodidad. Cuando uno no quiere, dos no riñen, y la diplomacia taurina en uso había tenido buen cuidado de suprimir todo lo que oliese á

competencia. ¿Para qué reñir tontamente en la plaza por unas palmas más ó menos? Cuando á cada uno le llegase la "suya" que se llevara las que le correspondieran y en paz, y tan contentos.

Bueno que se peleasen los aficionados... ¿pero los toreros?... Se habían acabado las primadas. Ahora el toreo era cuestión de administración.

Maquiavelo tuvo la suerte de tropezar con un infeliz que se dejó conducir por donde quisieron llevarle y en vez de hacer la primera y única figura de la época contentóse con el papel de segundo que tuvieron á bien repartirle; y el que pudo haber brillado espléndidamente con su luz propia sometióse á prestarla, y hasta, en ocasiones, á recibir la refleja que generosamente le regalaban.

Yo -no tengo ni le he tenido nunca, como ha querido decirse con clara y disculpable intención, enemistad ó antipatía — ¿á santo de qué? — á *Bombita*, cuya persona como particular me merece, y siempre se los he guardado, todo género de respetos; pero cuya condición de torero está sometida á la discusión y crítica de todos.

Y á mí, aficionado, me merece *Bombita*

la misma fe que un falso profeta á un creyente verdadero.

Bombita fué un torero muy listo; tan ágil en la plaza como en la calle; con muchas facultades y mucha habilidad para hacer en el ruedo lo que otros hicieron antes. Un torero bullicioso y bullidor; alegre, activo, valiente, muy valiente, menos á la hora de matar; que dominaba mucho con la muleta; con tantas cosas que ha podido engañar á mucha gente y ocupar hasta que vinieron los buenos, los verdaderos, el puesto en que estuvo y que no hubiese podido usufructuar cualquiera; pero que ha pasado por el toreo sin dejar la huella de una personalidad vigorosa y original, sin poderse llamar diferente de los demás, que es, en último término, lo que distingue al artista genial.

Quitadle á *Bombita* su extraordinario, su estupendo don de gentes, su muleta para el trato social, muy superior á la muleta con que se apoderaba de los toros; quitadle el apoyo que habilidosamente supo buscarse en *Machaquito*, y el inestimable que le prestó ese gran periodista que se firma "Don Modesto", y su figura quedará reducida á la mitad.

En el matrimonio taurino *Bombita-Machaco*, aquél fué el cónyuge que sin ser, ni con mucho, superior ni siquiera igual al otro, por condiciones de carácter y de madrugonería, gobierna y dirige la vida conyugal. Y no es flojo el mérito que con ello le apuntamos.

Bombita tuvo la habilidad de sentar plaza de compañero del torero de la emoción, y de hacer que el público no se enterase de ello, porque supo luego con sus facultades y su valor innegables defender su puesto, mientras no aparecieron á disputárselo quienes tenían mejor derecho que él, y sacar de las circunstancias en que se encontró todo el extraordinario partido que hemos visto.

Claro está que algo, y aún algos, necesitaba *Bombita* para mantenerse en esta difícil situación, y no puede negarse que lo tenía. No era el primero, como aparentaba, porque existían otros mucho mejores que él; pero tampoco era un cualquiera, ni mucho menos uno de esos jornaleros taurinos de cuarta ó quinta fila que se llaman toreros porque llevan coleta y de tarde en tarde tienen la suerte de que se les suicide un toro.

Bombita era el torero de la listeza, pero también ha sido el de la voluntad, y en este aspecto yo le admiro con el mismo fervor que el más recalcitrante bombista.

Cuando yo era niño, oí decir muchas veces que en España había tres hombres que entendían admirablemente á los españoles: Santa Ana, Arderius y el doctor Garrido. A vivir entonces *Bombita* se hubiera agregado y aún antepuesto su nombre al de esta heterogénea trinidad.

Yo creo, y perdóneseme lo que haya de irreverencia en el paralelo, que puede exactamente compararse esta pareja con aquella otra que formaron Cánovas y Sagasta. *Machaquito* era el "monstruo", la resolución, la firmeza, la energía, la voluntad, la elocuencia rotunda y avasalladora. *Bombita* era el marrullero Sagasta; sonriente, contemporizador, dúctil, hábil, diplomático, insinuante. Cánovas, talento positivo, peleaba en el Parlamento con las armas de su inteligencia y los arrebatos de su palabra, como *Machaquito* reñía la batalla en la plaza con los arrestos de su valor indomable y la rotundidad de sus estocadas definitivas. Sagasta, sin llegar á la altura intelectual de Cánovas, sin su palabra fogosa y su cultura

sólida y vasta, tenía un don extraordinario de asimilación que le permitía recoger y apoderarse de las ideas ajenas y presentarlas como originales. Y además, y sobre todo, toreaba maravillosamente en la calle.

Sagasta poseía un arma terrible por lo segura que le conquistaba los adeptos que no podía lograr la soberbia de Cánovas, tan semejante para el caso, á la hurañez de *Machaquito*. Tenía su amabilidad y su sonrisa.

Tal el *Bomba* mediano. Débil en los comienzos de su carrera y sin las condiciones que colocaron á otros en lugar preeminente, él se propuso ser el primero y lo fué, por lo menos en apariencia y para las gentes cándidas é impresionables.

Nunca venció á *Machaquito* en el número de contratas; pero sonó siempre mucho más que el cordobés.

El mundo es de los listos.

El toreo de *Bombita* en la plaza era una cosa de deslumbramiento, de cosquilleo. Alegraba, entusiasmaba, pero estaba muy lejos de producir la emoción de las estocadas riñonudas de *Machaco*, ó el arte y la gracia del *Gallo*. Lo intentaba todo y lo hacía todo, menos matar; pero nada de

lo que hizo tenía el sello de la originalidad. Lo hacía todo, sí, más no hacía nada nuevo. En una palabra, *Bombita* no ha sido un torero creador, como lo fueron y lo son todos los grandes toreros. Era valiente; pero mucho menos que *Machaco*; toreaba mucho (bullía mucho); pero carecía de la elegancia y el reposo de Fuentes, y le faltaba en absoluto el arte, la gracia *sui generis*, la invención, la armonía, el instinto de la línea, la distinción, el buen gusto y el genio del *Gallo*; dominaba mucho á los toros con la muleta; pero tardaba más que *Joselito* en apoderarse de ellos y le duraban mucho más. Y por contera no paraba nada, porque ha sido un torero de constante movimiento, que subvirtió el toreo teniendo á los toros parados para pasar y repasar, con aquella enormidad de piernas, una y mil veces ante ellos.

—Hay mucha diferencia de *dir á estar*—decía el señor Manuel Domínguez.

Y *Bombita iba*, pero no *estaba*.

Bombita fué la exaltación del toreo de piernas. Toreaba considerablemente espatarrado, mucho más que, por razones de constitución física, defecto á cuya corrección debe atender inmediatamente, torea este de-

montre de *Joselito*, y quiso defender lo que era una ventaja encubriéndolo con el manto de la necesidad, y para ello inventó aquella donosa teoría del "cargar la suerte".

—Para torear hay que cargar la suerte—decía—y para cargar la suerte es necesario colocarse así, espatarrado. De otro modo es imposible torear bien y lucidamente.

Y en aquel delicioso libro que dictó, *Intimidades taurinas y arte de torear de Ricardo Torres "Bombita"*—y bien podía la biblioteca Renacimiento pagarme siquiera en libros los reclamos que le hago á lo largo de estas páginas—sentó el torero, entre otras graciosas teorías, ésta del "cargaréme" y esparrancamiento que antes y luego se encargaron de desmentir una porción de toreros, y añadió en el mismo libro que hubiera hecho un daño enorme al toreo de no haberlo rectificado y destrozado inmediatamente los toreros de toro:

—“Yo no he visto á nadie que haya podido dar cuatro ó cinco verónicas sin moverse y con los pies juntos”.—Y, mientras las cuartillas en que tales herejías se escribieron iban camino de la imprenta que había de sacarlas á la vergüenza pública, Vicente Pastor daba una tarde en los ter-

cios del 2 á un toro de Benjumea, si no recuerdo mal, CINCO verónicas seguidas sin moverse ni enmendarse.

Si me fuera lícito copiar aquí ese libro yo no haría otra impugnación del toreo de *Bombita* que el que se hizo él mismo escribiendo aquellas páginas con la pretensión de erigir en canon su sistema de ventajas... y con el resultado de haber descubierto á los que lo ignoraban cuánto había de falso en su "arte" de torear.

Dios ciega á los que quiere perder.

II

Machaquito ó el corazón.

Rafael González, *Machaquito*, fué la antítesis taurina de *Bombita*. Éste era la agilidad y la viveza. *Machaquito* fué la sencillez y el corazón.

Esta es la verdadera y exacta definición de *Machaquito* en la plaza: un corazón muy grande. En la calle ni fué, ni supo, ni quiso ser nunca nada, y esta fué su gran torpeza, como lo ha sido del *Gallo*.

Incapaz, por su estatura, de dominar á los toros, los vencía con el corazón. Fué el tipo legendario del torero corajudo.

Yo no he alcanzado á *Frascuero* (á quien sólo vi de chico) lo suficiente para hablar de él; más por lo que del *Negro* he oído

á los aficionados y á los toreros viejos, creo que lo más parecido á Salvador que se ha visto es *Machaquito*. Indudablemente la historia se repite. *Machaco* adivinando á *Frascuero*; *Joselito* á *Lagartijo* y el Guerra.

Desde el comienzo de su carrera *Machaquito* estuvo predestinado á ser el segundo de alguien. Gracias á que en el toreo, como en los demás órdenes de la vida, la cabecera está donde se sienta el que debe ocuparla, así se acomode en el lugar más humilde.

Empezó *Machaquito* á torear con el sobrino de *Lagartijo*, y todas las miradas, la atención y el cariño de los aficionados viejos fueron para el hijo de Juan Molina, que venía al toreo para retrotraerlos á los tiempos felices de su juventud y de sus luchas. Rafaelito Molina hizo el milagro, que parecía imposible, de unir á anabaptistas y frascuelistas que se congregaron á su lado obedeciendo al poder de evocación de su nombre.

Nadie paraba mientes en el otro torerillo que le servía de pareja.

—Es muy valiente—decían—pero es un trompo,

Y en seguida volvían á su *Lagartijo* y se preguntaban unos á otros, como en los buenos tiempos:

—¿Has visto cómo ha toreado ese toro *Lagartijo*?

Y *Machaco* venga dar estocadas y dejarse las pecheras en los pitones, y los aficionados sin quererlo ver.

Un hombre de otro temple se hubiese acobardado; pero *Machaquito* era un carácter, y siguió su camino todo derecho, como se iba trás de la *espá*, decidido y seguro de sí.

No es cosa de repetir aquí su historia tan conocida y tan igual por otra parte. *Machaquito* es uno de aquellos inverosímiles caracteres sostenidos que D. Joaquín Arimón pedía en las comedias, allá por los años en que se fué *Lagartijo*, y Galdós nació al teatro. Como empezó su vida toreira la concluyó. Siempre valiente, pundonoso siempre, para él no hubo en el toreo otra cosa que el toro y la *estocá*, y si alguna vez se le vió mezclado en las que benévolamente llamaremos habilidades diplomáticas, tan usuales en su época, bien puede afirmarse que fué contra su voluntad y cediendo á invocaciones de compañerismo.

Sólo así pudo verse este torero incomprendiblemente ligado á aquella vergüenza del pleito de los Miuras, primera, y felizmente frustrada, tentativa de los reformadores del toreo, decididos á rectificar todos los dogmas y á trasformar la fiesta viril en función inofensiva de cabritas en el ruedo y espectadores pacientes en el tendido.

No; por muchas que fueran las bienandanzas que por este sistema de habilidades se le brindaran, *Machaco* no podía aceptarlas. Él era de los de la verdad, y tan pronto como pudo rompió sus ligaduras y voló solo.

Por cierto que la noche del día que se supo la noticia de sus paces con Mosquera, á los postres de un banquete con que la comisión de la corrida de Beneficencia que se daba al día siguiente, nos obsequió á los revisteros de toros, para testimoniarnos su gratitud por el reclamo que le habíamos hecho á la fiesta, llegó al final de la comida alguien de singular relieve en el toreo y que no quiero nombrar para que no me inculpen de ensañamiento, hubo de comentar el cambio de actitud de *Machaquito* con estas palabras, á las que dió adecuada contestación mi querido amigo Agustín Bonnat:

—Yo no sé por qué ha hecho eso *Machaquito*, porque él ya no está en disposición de resistir una temporada fuerte, y, como estaba, hubiera podido conservar la categoría y torear, como Fuentes, veinte ó treinta corridas al año.

¡La categoría! La categoría de *Machaco* fué la que al día siguiente acreditó con aquel pavoroso pajarraco de López Navarro que mató de una sola y colosal estocada, mientras alguien salía de la plaza, antes de concluir la corrida, por la puerta de la carne en una manuela con la capota echada.

—Yo no sirvo para viajante de comercio—me dijo Rafael cierta vez en Córdoba—y el toreo parece ahora cosa de comisionistas que van y vienen corriendo á ver quién llega antes á ofrecer sus géneros..... No, no. Yo, con el toro.

He aquí definida en una pintoresca y exacta frase toda una época, por fortuna breve del toreo.

Machaco tenía razón. Él, con el toro. Así se había ganado su lugar y su categoría.

Pasarán muchos años y el puesto de este torero de menguada estatura que se agigantaba ante los toros bravos, permanecerá vacante, y su nombre, como el de todos

cuantos dejan á su paso la estela de un valor positivo é indiscutible, se evocará á cada momento, como hoy se recuerdan los de Salvador y Mazzantini, *Lagartijo* y *Guerrita*.

Nunca fué *Machaquito* gran cosa como torero; ni el capote ni la muleta eran su fuerte, y, sin embargo, muchas veces le hemos aplaudido toreando, y sus apretadísimos pases de pecho, y aquellas faenas tan suyas, más ceñidas que las de ningún torero de su época, para las que se estatuyó el famoso clisé: "los cuernos del toro juegan con los alamares de la chaquetilla del torero", han quedado escritas donde nadie puede borrarlas.

Dominaría más, mandaría más *Bombita* con la muleta; pero apretarse, aun siendo tan valiente como era, del mismo modo que *Machaquito* cuando decía: "Aquí estoy yo", nunca lo hizo ni lo pudo hacer.

Bombita era más torero..... pero la faena famosa de aquel toro "Boticario", de Ibarra, la mejor de toda aquella época, la hizo Rafael y no el otro.

Yo no creo que se haya dado en el toreo caso igual ó parecido al de este bravo cordobés.

—Es un trompo—decían de él despreciativamente sus enemigos.

Un trompo era, no se puede negar; pero ¿cuánto oro de ley no habría en su manera para llegar á imponerse como se impuso?

Con sus nervios, su vergüenza torera, su rabiosería y sus riñones, *Machaquito* definió y se hizo una personalidad original y fuerte. He aquí su mérito; fué original; no se parecía á nadie; era él, *Machaquito*, y esta fué la razón de su superioridad sobre *Bombita*, que haciéndolo todo, ó casi todo muy bien no supo, no pudo ser original y no aportó ninguna luz nueva al toreo, que antes se hubiera oscurecido de prosperar su sistema de ventajas y zaragata.

Y además *Machaquito* tenía la estocada; la estocada, que hoy, cuando tenemos que lamentar muy en serio la segura desaparición de este momento emocionante del toreo, nos parece más meritoria.

Yo conservo una interesantísima y expresiva fotografía de una estocada de *Machaquito*. No se ve el toro que ya ha caído, ni por tanto el sitio donde quedó la "espá", que otra vez ha vuelto á manos de su dueño; pero se ve el entusiasmo de la multitud enardecida y, sobre todo, se notan en el

cuerpo del valiente las señales de la hazaña. La chaquetilla está destrozada por el pecho, la pechera de la camisa hecha jirones.

¿Qué estocada fué ésta? Cualquiera; la que gustéis. La del 15 ó la del 30. ¿Qué más da? Era su sistema. Mirar al morri-
llo é irse todo seguido detrás de la espada, que apoyaba en el pecho para que la empujase el corazón.

Y así un año, y otro, y otro, y todos los de su vida torera.

¿No os asombra y os explica muchas cosas el absurdo de que este torero singular hiciera un poco el papel de segundo de quien, aún valiendo mucho, valía infinitamente menos que él?

Y sin embargo, así fué. Así fué porque *Machaquito*, ignorante de los cambios del tiempo, no supo amoldarse al en que vivía y no dió al toreo de calle todo lo que es necesario darle actualmente para triunfar con mayor facilidad.

Muy lejos de mi ánimo el censurar á los toreros que lo han practicado y lo practican. Si la afición va gustosa por estos cauces de comodidad, ¿por qué han de contrariarla ellos?

El torero busca hoy en los toros las pasetas, los cortijos y las comodidades de una vida regalona el día que se corte la coleta, y el que considera el toreo en su verdadera forma y lo mima, lo cuida y lo trata como un negocio de cincuenta, sesenta ó setenta mil duros anuales, es un hombre razonable cuyo claro concepto de las cosas nadie puede rechazar.

Ahora que tener este concepto único del toreo, y encima querer pasar plaza de héroe, es mucho pretender.